

:: CompArte

3

ÍNDICE

¿Te acuerdas?	4
De microbios y emociones	13
¿SUCCESS UP?	14
La niña que yo soy	16
Mi dulce tormento	18
Querer que deje de ser real ser de la realeza	22
Resistir ante la indiferencia	26
Ya casi es primavera	28
“Una hoja, una historia” (selección)	
Conejita	34
La maestra del pueblo	38
Noche oscura	47



Rectora

Lourdes Lavaniegos González

Vicerrector

Juan Carlos Gómez Ríos

Diseño Editorial

Jessica Enciso

Diseño de Imagen

Carolina Polanco

Coordinan el Proyecto

Nallely Hernández Sánchez
Ma. Fernanda Trevilla Crespo

Comentarios o colaboraciones a:

nallely.hernandez@lasallep.edu.mx

Portada y Contraportada:

Dash Miranda





¿Qué nos hace temblar? la enfermedad, lxs otrxs, lo extraño, el ruido, la oscuridad, pero también el placer, la nada, la incertidumbre... o la indiferencia, la muerte, sin duda, la violencia, la tortura, los abusos, la posible pérdida de un ser amado, las desapariciones y, en algunos casos las “apariciones”. *¿Cómo no temblar?* preguntaba Derrida para referirse enseguida al temblor como un tartamudeo del *Yo*, que, incapaz de articular frases para posicionarse, se sacude súbitamente.

“Tiemblo ante lo que excede mi ver y mi saber mientras que eso me concierne hasta lo más profundo, hasta el alma y, como se dice, hasta los huesos...” Es difícil ubicar el origen de eso que cae sobre nosotrxs para sacudirnos, el miedo y la sacudida pueden generar movimientos de supervivencia, sin embargo, al prolongarse, pueden ser paralizantes, *¿Qué hacemos cuando temblamos?* Este número de *CompArte* es consecuencia de las sacudidas de muchas personas, es un misterio que, sin tratarse de una convocatoria ‘temática’ sobre el miedo, el terror o asociada al *Día de Muertos*, recibíáramos muchas historias escritas o en imagen que nos narran visiones singulares de lo que a cada unx le pone *la piel chinita*.

Además, tenemos una sorpresa que hemos tramado con Bachillera-to (!): la selección de 3 cuentos que forman parte de la *Convocatoria ‘Una hoja, una historia’*, se trata de increíbles relatos cortos, escritos por estudiantes de Bachillerato que lograron plasmar lo mórbido con una dimensión contemporánea. Así, sin saber exactamente en qué se convertiría y dejándonos guiar por los secretos y el misterio de cada historia, les traemos este *CompArte mutante*.



¿Te acuerdas?

Texto: Sofía Ludlow

Cerraste los ojos y despertaste, giraste la cabeza, orientándote, no reconoces dónde estás. Pero algo en tu interior te pide caminar.

Tu caminar te lleva al último lugar que recuerdas. Parece un bosque, bañado en verde. Sigues andando, expectante de lo que te puedes encontrar. El bosque está muy tranquilo pero sabes que no puedes quedarte ahí, tienes que seguir. Algo más debe ser revelado, lo sabes muy en tu interior. Ahora llueve.

Parece que llegaste al límite del bosque, donde hay una carretera llena de grietas y con plantas que brotan de manera rebelde contra el concreto. Te llama la atención que no hay tránsito de coches, ni cláxones sonando o luces moviéndose inquietas. ¿Qué ocurre? ¿Dónde están las personas? Te preguntas. Ahora te sientes perdida en ésta carretera que parece no cambiar en nada, nada sucede

¡Ah! Ya te acordaste...

Luces amarillas y rojas iluminan tu rostro, vez varias siluetas humanas amontonadas, solo hay dos coches, uno blanco y uno azul. Te parece extraño que no lo pudieras ver antes, ¿acaba de aparecer solo porque recordaste o siempre estuvo ahí?

Los caminos rectos de carretera son la causa de muchos accidentes, tanto diurnos como nocturnos, curiosamente porque la gente se duerme en el camino.

Hay algo en el suelo, parece ser la razón por la que la gente está amontonada allí en círculo, no quieres ir ahí, tienes miedo. Sin embargo, sabes que debes acercarte, sabes que es importante ver lo que está pasando, te acercas lento, con mucha cautela; temiendo que alguna bestia salte sobre ti; pero nada de eso sucede. Puedes pasar con facilidad entre el gentío, hasta parece que no te notan.

Llegas al centro de la conmoción, y lo vez, un cadáver, el tuyo. Estás sobre tu propia sangre; aunque el cuerpo esta tan golpeado que lo hace casi imposible de reconocer, pero te conoces bien, sabes que eres, bueno, que eras tú.

Ver aquello es suficiente para hacerte enfermar. Escuchas a las figuras llorar, ellos aún no reconocen tu presencia.

Con miedo y con mareos, te alejas, sientes como te suda la nuca y el corazón se te acelera, te das la vuelta, quieres correr, pero no puedes, estás atado a ese lugar. El camino infinito de concreto se redujo a solo ese círculo en el que estás; un fragmento congelado de la realidad y el tiempo.

En algún lado a la distancia, escuchas campanas fúnebres. ¿Eso era lo que se oía al morir? Siguen sonando, fuerte. Te dan ganas de gritar pero no salen ni susurros de tu boca. Te sientes infinitamente en soledad, quieres sentir sus abrazos de nuevo, sus palabras de amor, su cariño. Estás a la deriva y solo ruegas con que las campanas se detengan.

Y de repente lo notas. Escuchabas tus pensamientos, y los míos, sabes que no puedes hablar pero sabes que te entiendo y tú me entiendes. Quieres hacer una confesión, la quieres decir, pero no hace falta que la digas, yo sé lo que quieres decir; tranquilízate y confía en mí.

Lo haces.

Entonces despertaste, ya no había obscuridad; tú eres quien brilla ahora.

Tú, huyendo de un ser enfermizo. Que locura.

Comprendiste que, siguiendo a tu voz interior, encontrarías la luz que te llevaría por el camino correcto y alejarte por fin de aquí, yendo a tu verdadero hogar.

Encuentras algo de alivio.

Antes de que te dieras cuenta, entre dos árboles aparece una puerta amarilla, es acogedora y luminosa. Sabes que el camino correcto es por ahí, sabes que ellos estarán bien, que tú estarás bien y que el sufrimiento por fin terminó. En poco tiempo cruzas esa puerta, las campanas ahora son suaves y alegres. Te dejas derretir por el remolino de vida, de la luz blanca. Finalmente, exhalas y lo dejas salir tu confesión, yo la acepto... al final, has liberado las profundidades de tu corazón.

Una brisa de aire sopla. —Si, ahora lo recuerdo, gracias. —Dijiste.

Las golondrinas volaron lejos.

Finalmente, suspiré. —Se ha ido, ya está bien.

Los familiares se sentaron, se abrazaron y lloraron.

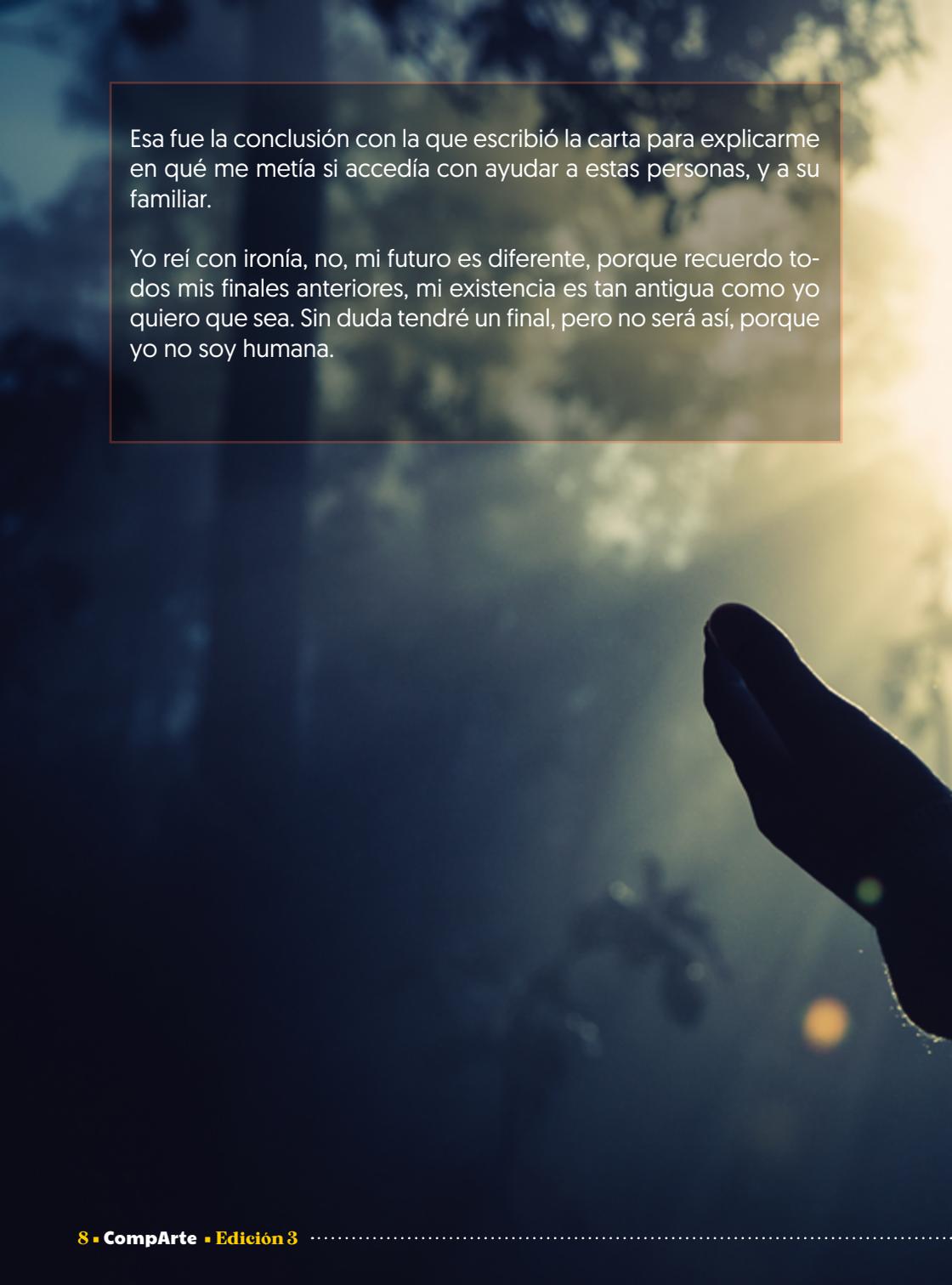
Tiempo después, cuando estaba ya por retirarme, ellos insistieron en pagarme por ayudarlos, demasiado en mi parecer. Solo con pagarme el salario mínimo me era suficiente para tomar un tren e irme de regreso a Wakakusa; al final no tenía prisa, la carta que le enviaría al Dr. Kasehaya sin duda llegaría antes que yo, yo tengo tiempo, demasiado tiempo.

Les agradecí, tomé mis pertenencias e inicié mi caminata al bosque, antes de tener que esperar el tren.

"Recuerda. En el mundo real, nunca podrán volver a encontrarse con los muertos. No los encontrarán en la calle y nunca encontrarán sus miradas de nuevo. Eso es porque, cuando te encuentras con uno en un sueño, usualmente significa que estabas realmente apegada a ellos, mantienes un sentimiento de culpa, o tenías alguna otra clase de relación profunda con ellos.

Todos los humanos indudablemente, algún día, morirán. La vida siempre termina en muerte, para poder pasar a otro sitio, probablemente. Sin ninguna excepción.

Lo que estás viendo ahora está sugiriendo tu futuro."



Esa fue la conclusión con la que escribí la carta para explicarme en qué me metía si accedía con ayudar a estas personas, y a su familiar.

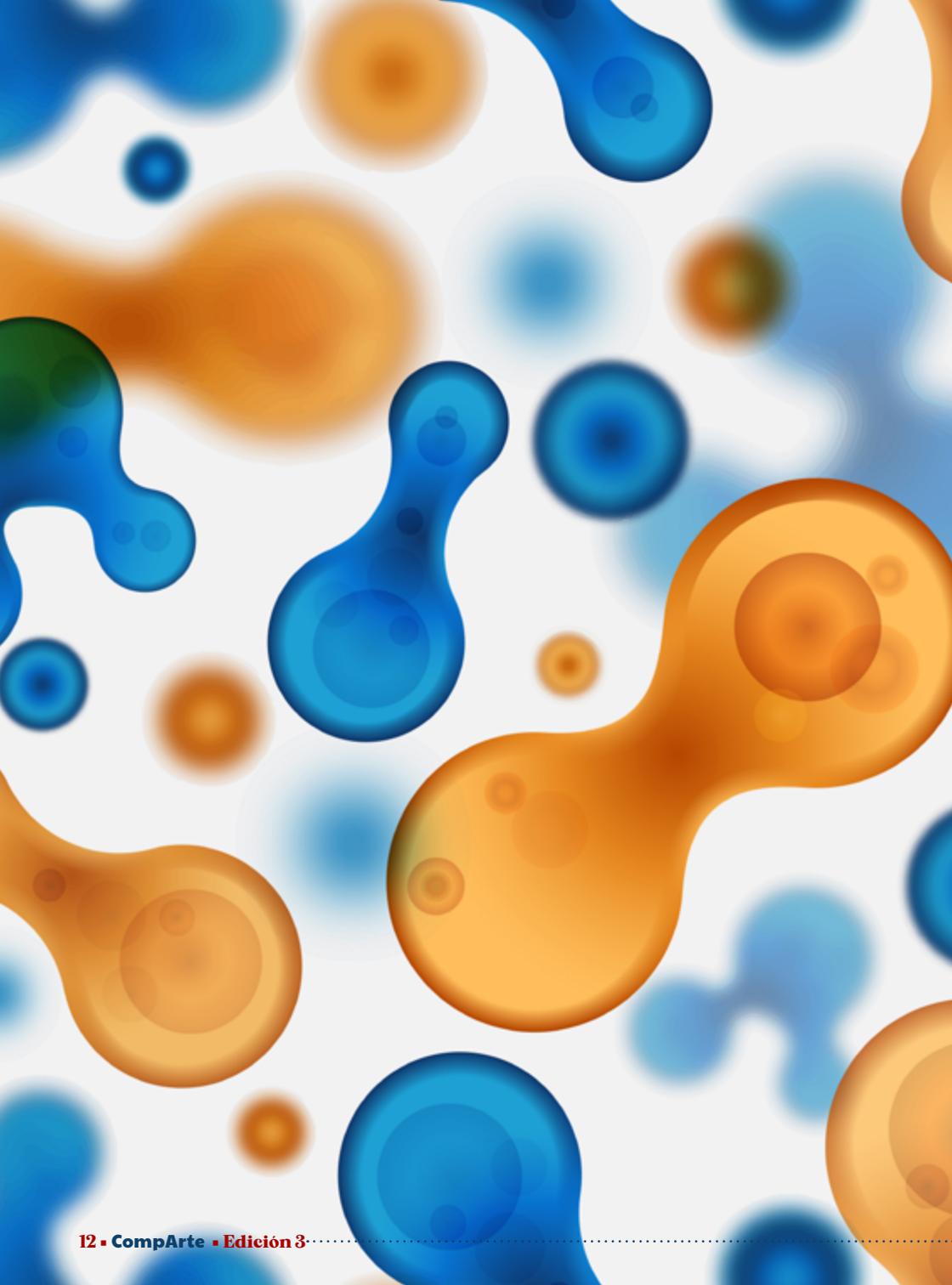
Yo reí con ironía, no, mi futuro es diferente, porque recuerdo todos mis finales anteriores, mi existencia es tan antigua como yo quiero que sea. Sin duda tendré un final, pero no será así, porque yo no soy humana.







“Los arcos”
Dr. Daniel Acosta



De microbios y emociones

Texto: Andrea Fernanda Lorenzana Ortega

Las emociones son como microbios con los que tenemos que convivir cada día, aquellos para los que aún no hemos encontrado una vacuna. Ninguno de estos pequeños bichos es un parásito, ni siquiera aquellos más poderosos, por lo menos no en su forma natural.

Las emociones no fueron pensadas para instalarse en el corazón, sino en la memoria ya que esta es un medio donde solo sobreviven como recuerdos, mientras que el corazón gracias a su calidez y nutrientes se convierte en el perfecto medio de cultivo para dejar crecer esos microscópicos seres hasta el punto de convertirse en colonias que se alimentan de los sueños más profundos del mismo.

Por ejemplo la tristeza; es como un tímido bichito que se adquiere en aquellos momentos de la vida en que estamos expuestos al dolor, se caracteriza por poseer una voz tan pequeña que es ahogada ante el ruido de la vida diaria, pero cuando los colores más brillantes del día se atenúan para darle paso a la satinada luz blanca de la noche, su voz retumba en nuestro pecho pidiendo con vehemencia acción.

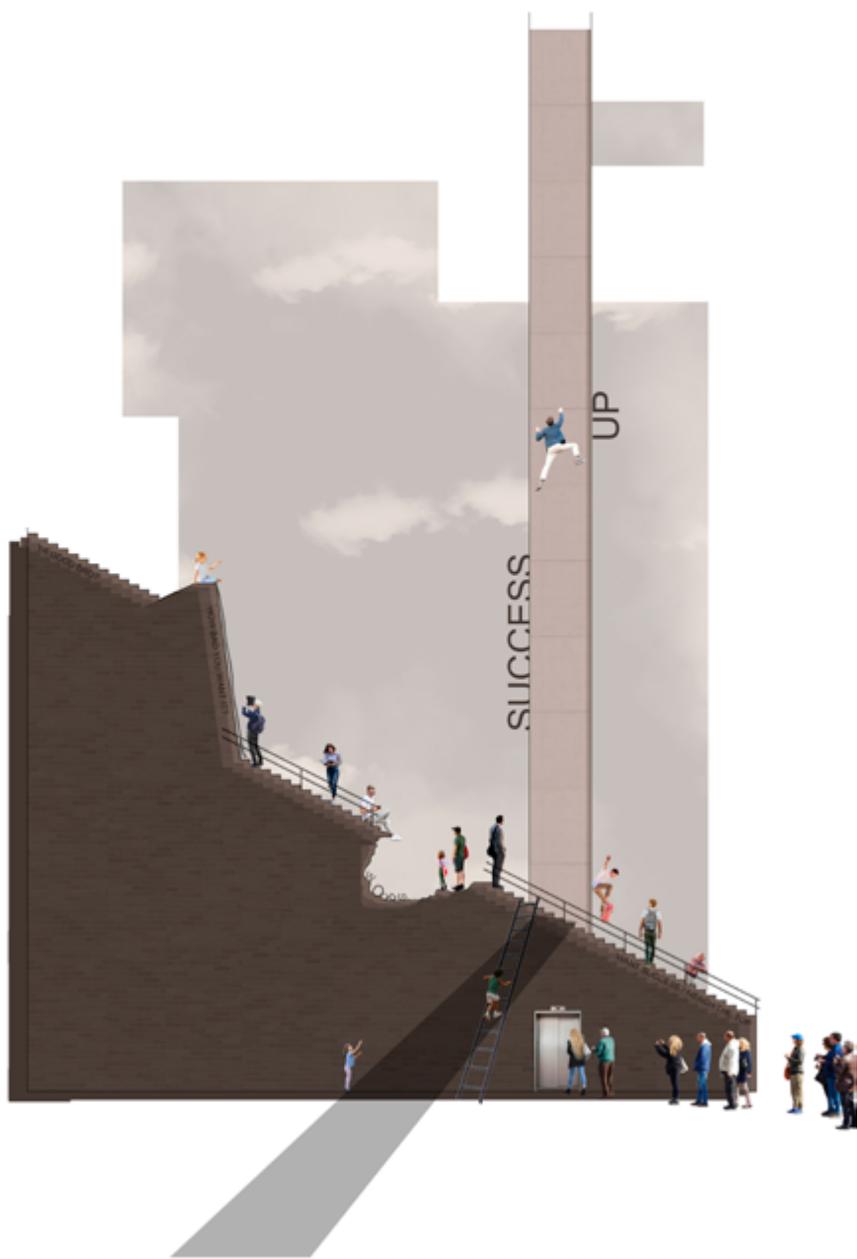
La tristeza fue diseñada para dar contraste a los momentos más eufóricos de la vida y debería partir como una vieja amiga que sale desde el fondo de tu pecho, recorre la garganta para finalmente salir por los ojos en forma de pequeñas gotas cristalinas, saladas y poderosas que al llegar a los labios dejan un sabor que evoca la sal y luz de la vida impregnada en cada momento como la paz de vivir, pero la realidades mucho más complicada ya que puede alojarse como un compañero con el que haz decidido compartir habitación.

¿SUCCESS UP?

Texto y collage digital: Omar Hernández Rojas Ortega

Cada vez se acerca el tiempo de graduarse y como estudiante me surge la inquietud del porvenir, las preguntas bañadas en una sana angustia resuenan... ¿qué se esconde allá afuera? ¿Qué tan larga es la escalera al éxito y será que algún día llegaré?

El camino es largo además de difícil, hay muchos recorriéndolo y otros tomando atajos. ¿Podré llegar?



La niña que yo soy

Texto: Lourdes Vera



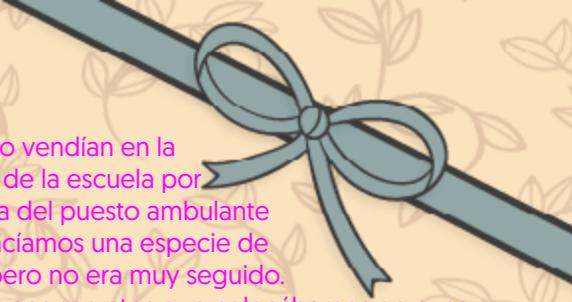
Estoy sentada frente a mi espejo, cepillo lentamente mi cabello negro, largo muy enredado, ladeo una y otra vez la cabeza para dejar entrever mi sensualidad y descubrir la mujer que soy. Me levanto de un santiamén del taburete y recorro ese lugar completamente blanco, en donde las alas cobran vida con un delirio de libertad que me hace dar vueltas y vueltas como si fueran piruetas de bailarina.

Ya mareada me dejo caer en la cama, me cubro con mi colcha de figuras floreadas como aquella primavera que recobra vida en cada olor a flor, en cada reverdecer y caminata desde un sendero completamente rodeado de robustos árboles, esa exquisita sensación de infinito que impacta en la relación eterna y profunda con la madre tierra.

Mis primeros pensamientos de la mujer que soy, ahora se remontan a la niña que fui... Cuando yo tenía 10 años a mi madre la citaron en una escuela primaria pública porque no me gustaba poner atención en las clases, mis notas no siempre eran buenas y muy categóricamente siempre me tocaba sentarme en la fila C porque no impactaba para nada en lo académico. Siempre fui curiosa, platicadora, preguntona y con gustos raros, eso decían porque mi uniforme lo acompañaba con un chaleco azul marino, mis zapatos no eran con moños ni tacón de color negro como todas las niñas de la escuela, eran más bien azules y sin duda resaltaban al formarnos en fila para entrar a las clases, ¡inolvidable! A mi madre le gustaba hacerme trenzas porque decía que mi abuela así la peinaba, yo accedía pero no con listón, no me quedaba otra más que soportar la tradición para no generar conflicto, pero la verdad es que hacía trampa porque en el recreo me las destejía, me encantaba sentir como el aire recorría mi cabello suelto e impactaba en mi cara, me refrescaba y me sentía más bonita, bueno así lo pensaba, sobre todo para gustarle más aquel chico que me traía en la zozobra.

¿Qué momento? La hora de receso era el mejor momento del día porque me juntaba con Jessica, mi gran amiga de la primaria, el lunch que mi mamá me preparaba se lo dábamos a unos amigos y nos comprábamos unas ricas Poffets y un Boing de triangulito que en





ese tiempo eran la sensación, pero no lo vendían en la cooperativa, nos acercábamos a la reja de la escuela por la puerta trasera para pedirle a la señora del puesto ambulante nuestro pedido de cada día, a veces hacíamos una especie de combo, torta o alguna fruta después, pero no era muy seguido.

Mientras comíamos compartíamos algunos secretos que colocábamos en nuestros diarios, el chico que nos gustaba, lo que habíamos hecho cada día, nos poníamos de acuerdo para jugar los viernes, a veces nos tocaba ser pintoras, maestras, mujeres rockeras o fresas, jajajaja. Todo esto después, claro de ayudar a Rosita, mamá de Jessica, gran mujer y viuda joven, trabajadora incansable y meticulosa empedernida, con las actividades del hogar que previamente repartía entre sus cinco hijos.

También yo hacía lo propio, pero llegaba a casa y sentía la ausencia de mis padres porque trabajaban, como dijo por ahí Oscar Lewis en Los hijos de Sánchez, "Pues en nombre sea de Dios, vamos a trabajar para traer el pan", así se despedía mi papá cada mañana a las 7:00 am, después de que mi madre me peinara porque mis hermanas sin problema se las arreglaban solas y también se iban.

En fin, continuando con los juegos que teníamos Jessica y yo, lo que más me encantaba era sentirme más mujer, más hermosa, más viva, más grande y más yo. Nos poníamos vestidos, bolsas y zapatillas de Rosita, también alternábamos cuando íbamos a la casa de un tío de la cual mi padre tenía encargo de cuidar, muchas veces bailábamos, nos gustaba la de Sugar Sugar The Archies y Funky Town de Lips INC, eramos imparables. Ni idea de lo que decía la letra, pero las tendencias musicales que nuestros hermanos y, en especial, mi hermana Dulce la mayor de todos escuchaba, marcaron también mis gustos por la música.

Cada transformación, no solo era física, Jessi y yo también cambiábamos nuestro tono de voz, colocábamos el cuerpo más recto, sacábamos las pompas y se dejaba entrever nuestro cuerpo tan femenino, reíamos sin parar por nuestras locuras, no sabíamos pintarnos pero lo intentábamos, hasta las uñas nos pintábamos y despintábamos porque nuestras madres nos regañaban si nos veían las uñas pintadas.



Así fui creciendo, entre juegos y risas, llevo tantos grandes recuerdos en el fondo de mi corazón que hoy decido compartirlos porque me siento plena con lo que soy ahora, UNA MUJER.

Mi dulce tormento

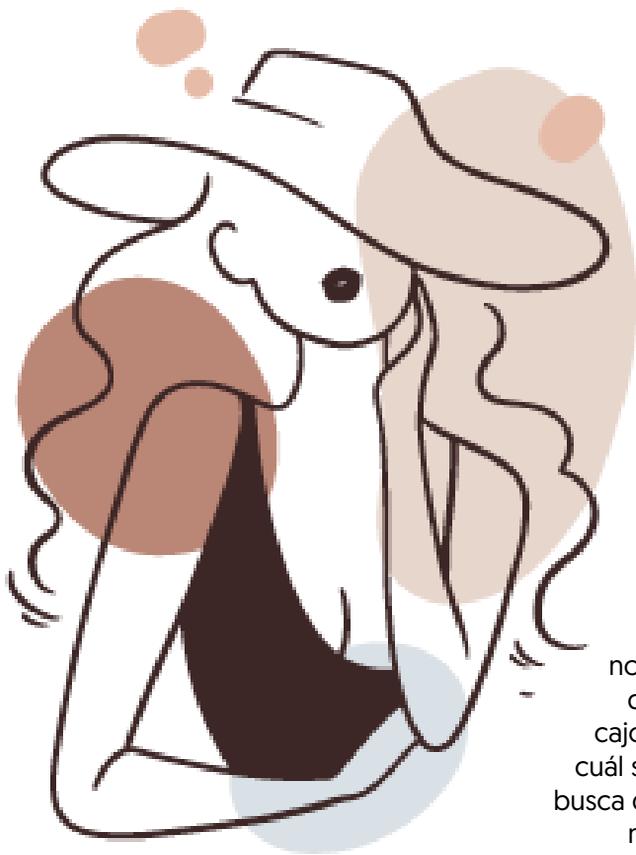
Texto: Gerardo Emilio Fonseca Fuentes

En un día común, el cielo se encontraba nublado, como si estuviera triste y el viento golpeaba frenéticamente las puertas de mi hogar. De pronto, se fue la luz.

Yo me encontraba recostado sobre el sofá de mi sala, sin más compañía que una pequeña planta, sintiendo un profundo aburrimiento que en pocas ocasiones había experimentado. Como no había electricidad, tampoco había internet o televisión, ni siquiera podía escuchar música. Normalmente, en estas condiciones me habría dormido en unos cuantos minutos. Sin embargo, esta vez debía permanecer despierto, pues la cerradura de la puerta principal se había descompuesto y la puerta se podría abrir en cualquier momento por culpa del viento.

Al no tener nada que hacer, y para evitar que me ganara el sueño, comencé a divagar de un lado a otro. Después de un momento, me senté en el sofá sin recostarme. Fue en ese instante que mi mirada se perdió en el espacio y parecía que estaba filosofando sobre algún concepto abstracto o algo similar, aunque en realidad, no pensaba en nada. Pasé un buen rato así, hasta que algo atrajo mi mirada: una botella de vino.

Aquella botella había estado en ese mismo lugar durante muchos años, pues yo tenía la extraña costumbre de tener en la sala una pequeña mesita con algunas botellas de vino, licor o tequila que nunca bebía. Era de esos objetos a los que uno ve a diario y nunca presta atención. Entonces, decidí ver de que tipo de vino se trataba o, por lo menos, averiguar si aún lo podía tomar. Cuando levanté la botella, observé que se trataba de un excelente vino; de cualquier forma, lo que me pareció curioso fue una etiqueta que estaba atada al cuello de la botella. Decía: “Sigamos creando recuerdos juntos. Te ama, Yuli”. Esa botella era nada más y nada menos que un obsequio de mi novia más amada, a quién, por azares del destino, no había visto en un largo tiempo.



Reflexionando, recordé cómo había enfermado de amor por ella. En un principio, se puede decir que el amor que sentía por ella era asintomático, pues no me percaté de lo que sentía hasta que casi fue muy tarde. Afortunadamente, fui correspondido en el amor y Yuli se convirtió rápidamente en íncola de mi corazón.

Fue una bomba de recuerdos. Sentí tanta nostalgia en ese momento, que comencé a vaciar los cajones del mueble sobre el cual se hallaba la televisión en busca de algún otro objeto que me recordara a esa chica.

Busqué y busqué, pero nada. Regresé nuevamente al sofá; ahí entendí que éste era el objeto que buscaba. Fue en este mismo lugar donde nos besamos por primera vez, hace ya 15 años. Lo recuerdo perfectamente ya que ha sido uno de los momentos más jocosos de mi vida: acaricié suavemente su rostro mientras miraba sus labios rubí. Los dedos de mi otra mano se deslizaban entre sus rizos dorados. En eso, ella se acercó más a mí y preguntó - ¿por qué te amo tanto? - a lo que respondí besándola con los ojos cerrados. Cuando los abrí, observé mi reflejo en sus cerúleos ojitos; fue en este momento en el que supe que verdaderamente la amaba.

En fin. No tiene caso seguir recordando todo esto, porque lo que antes era un paraíso, ahora es mi ruín tormento.



**“Fuente de Neptuno”
Dr. Daniel Acosta**



Querer que deje de ser real ser de la realeza

Texto: Rebecca Ortega Delgado

¡Atención!, ¡Atención todos por favor!, El día de hoy nos encontramos reunidos para celebrar la unión de dos de las casas más importantes del país, la casa Tudor y la casa Brienne; el vínculo que nos unirá será el casamiento de Felipe y Leonor. La alianza que está a punto de suceder nos convertirá en la casa más fuerte de toda la nación.

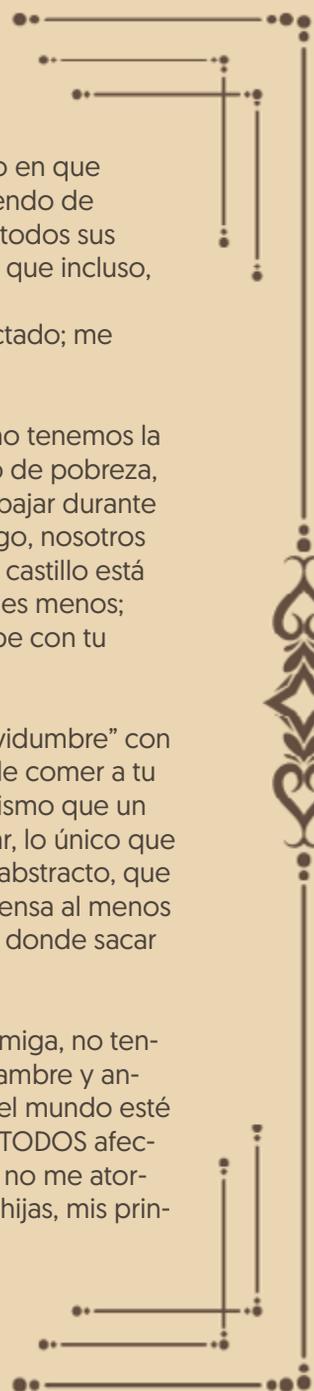
- ¡Salud! – Grita el rey
- ¡Salud! – Todos gritan

Mis padres organizaron otra fiesta más, habrá otro festín, esto no para, pero al menos esta vez es por algo importante, el compromiso de mi hermana y Felipe; por más que no quiero que se vaya del palacio lo tiene que hacer.

– Leonor, acércate un momento por favor, me podrías explicar porque tu hermana no lleva puesto el vestido que el sastre le ha confeccionado, si es un vestido precioso, de color cerúleo, hecho de las mejores telas; no entiendo por qué razón no lo quiere vestir.

– Mamá, te he dicho que ella no piensa como nosotras, no le interesa ser una princesa o llegar a ser una reina, lo único que le importa es esa estúpida peste y su caballo, nada más. Y, honestamente mamá, si tanto te interesa saber porque no esta vistiendo el vestido o si la está pasando bien, deberías de preguntárselo tu misma opina mientras muestra el blanco de sus ojos–.

– Sofía, ¿Estás disfrutando del festejo? – pregunta la madre–.



– Honestamente madre, no, no estoy de acuerdo en que tengan este festín mientras la gente se está muriendo de hambre allá fuera, y mucho menos que traigan a todos sus invitados sabiendo que está la peste bubónica, y que incluso, aunque no presentes síntomas, es decir que sea asintomático, puedes estar infectado; me parece un acto irresponsable, maligno y egoísta.

– Mira Sofía, te voy a aclarar una cosa, nosotros no tenemos la culpa de que la gente se encuentre en un estado de pobreza, que no haya comida, dinero, que tengan que trabajar durante horas en el mercado local, pero una cosa si te digo, nosotros tampoco estamos en las mejores condiciones, el castillo está en ruinas, la servidumbre que tenemos cada vez es menos; dependemos totalmente del matrimonio de Felipe con tu hermana.

– Como te atreves a comparar tener menos “servidumbre” con no tener que comer, con no saber que le darás de comer a tu familia, a tus hijos, o tan solo el decir que es lo mismo que un castillo esté en ruinas a no tener siquiera un hogar, lo único que te falta es decir que nada más nos queda el arte abstracto, que tuviste que vender tus preciadas pinturas, solo piensa al menos que tenías algo que vender, la gente no tiene de donde sacar dinero.

– Sofía entiendo tu punto, pero yo no soy tu enemiga, no tengo la culpa de que la gente sufra, de que pase hambre y angustia. No tengo responsabilidad alguna en que el mundo esté en esta situación, la peste con la que nos vemos TODOS afectados a empeoradolas cosas, acaso crees tu que no me atormenta el pensar que alguna de ustedes, mis dos hijas, mis princesas, mi todo, se contagien y mueran.



– Claro, te debe de preocupar muchísimo que estemos expuestas a este peligro, es mas te inquieta tanto que organizaste un festín, invitaste a cientos de personas, desperdicias comida, agua, ya veo cuanto pesar te provoca.

– ¡Sabes que Sofía no voy a seguir discutiendo contigo, tengo que atender a mis invitados, con permiso!

...

– Guillermo, no esperaba verte aquí, que gusto por fin poder entablar una charla con alguien que tampoco quiere pertenecer a esta red de privilegiados y engreídos.

– Sofía ya te he dicho que eso no lo debes de andar diciendo libremente, debes de mantener secreto que yo no quiera ser rey, yo prefiero el arte, la música, quiero gozar de mi juventud, viajar, conocer diferentes culturas; no dirigir a un pueblo, saber que tantas vidas dependen de mí, no puedo con esa responsabilidad; pero nunca me atrevería a abandonar mi cargo, en cambio tú, estás loca, prefieres dejarlo todo y seguir lo que te apasione, aunque esto conlleve una vida de pobreza, escases, ser un íncola más en lugar de tener una posición importante.

– Mira Guillermo, sí, eran esos mis planes, pero ahora con esta peste que nos asecha todo cambio, no tengo el valor suficiente para hacerlo, temo por mi vida y por la de mi familia, en especial por la vida de mi hermana no se como evitar que se case con ese patán.

– Sofía, entiendo tu preocupación, de hecho, me sorprende escuchar que te importa tu madre, pero esto no esta en tus manos, debes de aprender a que no tendrás siempre el control de todo, habrá cosas que no podrás evitar y tienes que aprender a vivir con ello; así es la vida.





– No comprendo por que siempre se dice eso, “así es la vida”, como si se dieran por vencidos, esa frase representa fracaso, rendición; no digas eso, no seas conformista con la vida que te tocó, lucha por más, ten sueños extraordinarios, disfruta, no respires nada más, vive, pero vive en serio, disfruta de cada sensación, enamórate de ti mismo, no te detengas.

¡Llego el bufón!, disfruten del espectáculo. Ahora llego la hora de disfrutar de los manjares que nos han preparado. Es hora de que bailemos. Todas estas actividades, las personas que se encuentran en este salón están siendo inconscientes del mal que esto podría generar, imaginemos por un momento que hay un contagiado entre nosotros, entonces ¿qué haríamos?, obviamente esto causaría nuestra muerte y eso acabaría con su carácter jocundo, lo único que deseo en este momento es que este día termine y que nadie salga afectado.

Una última cosa Guillermo, cuídate, ámate, en estos momentos nadie te apoyará, estas por tu cuenta, pero sabes que no necesitas ni el cariño de los demás, ni de su lástima, te necesitas a ti, ahora más que nunca, valórate, respétate, y lo más importante, ama a Dios, adóralo, que él te ayudará.



Resistir ante la indiferencia

Texto y fotos: Fernanda Trevilla

Bombardeados por la publicidad, la tecnología, los ideales de perfección, la búsqueda de la productividad y hasta por nuestro entorno mismo, los seres humanos hemos perdido la capacidad de contemplar, de detenernos a observar nuestro entorno.

¿Dónde queda nuestra capacidad de asombro?, ya nada nos mueve, ni lo negativo, ni lo positivo.

La sociedad en la que vivimos se sustenta en lo que quiere de nosotros, sobre todo en producir y consumir, se busca que todos tengamos una función útil dentro de la dinámica monótona y esclavizante de la vida diaria.

¿A caso nos hemos acostumbrado a ver a quien nos rodea, y lo que nos rodea como simples objetos de consumo?





Estoy convencida que nuestra naturaleza en algún momento nos lleva a romper con las exigencias de la, nombrada por Bauman, sociedad líquida, donde todo es efímero, donde nos hemos olvidado realmente de lo esencial.

Hoy detenerme, observar la naturaleza, el entorno que me rodea, encontrar detalles que habían pasado desapercibidos en mi cotidianidad, sentir el viento del bosque en mi rostro, detenerme a contemplar la naturaleza que con elegancia se muestra ante mi, todo sin el deseo de poseer lo que me rodea, es un acto de sublevación, es la rebeldía más pura, es la lucha contra la monotonía, es resistir ante la indiferencia.

Ya casi es primavera

Texto y fotos: Lillian M. Hosking

*Si no me encuentras al principio no te descorazonas.
Si no estoy en un lugar, me hallarás en otro.
En alguna parte, te espero.
-Walt Whitman-*

Usted no necesita suerte...

La plenitud corporal es relativa, siempre se puede recibir un abrazo o un beso de alguien que espera o no.

Usted, que me lanzó a empujones hacia mis sueños, que conoció mis letras somnolientas de adolescente retraída y reveló mi pasión, que me ayudó a dar el paso que me hacía falta e hizo magia con nosotros y entre nosotros, no necesita artilugios para que la felicidad le dé en la cara o le llene el corazón de mirlos.

Seguramente no recuerda que nos enseñó que la soledad viene muy bien cuando se le requiere, una vez en un jueves, atrás, en el tiempo, en un café que bebimos no tan a prisa mientras llovía y siendo para los demás algo muy distinto de lo que éramos entre nosotros.

Nosotros, los Cuatro Mil de Graves, los Nadies de Galeano, los insufribles de los que escribía Paz, los que como mórbidos adolescentes nos atrevimos a pensar en otras cosas que los adultos nunca nos aplaudieron, fuimos los únicos testigos de su diáfana labor día tras día, entre las cuatro paredes de un aula prevista de esperanzas y sueños.

Y en cambio usted, con su ráfaga de palabras, sus libros y sus encantos, llegó un día a hacernos la vida, a reconstruirnos las ganas, a darnos palmadas en la espalda y gritos altisonantes cuando en ocasiones no prestábamos atención a sus silencios.





Y entonces como si no estuviera buscando un patio escolar lleno de bullicio, con mi nombre, usted salió a mi paso y con sólo el nombre, me lo obsequió [¿Recuerda?] resguardado en aquel otoño en que

Desde entonces es la mitad de algunos días de invierno... La primera palabra de un poema sobre cerros azules, el frío de noviembre, la primera palabra en el cielo que nos manda esta misma tarde tan

Déjese de cuentos y piense en cuántos días despertó qu

Por favor, salga de su abismo, camine de nueva cuenta el vuelo, renazca de la guerra a la muerte, escóndase de la piedra ancestral, amate del pasado... nemos como ancla o faro, por quienes

Y cuando todo termine, venga de vuelta al escenario con olor a naftalina, regrese a la multitud, ahí le esperamos de brazos abiertos, corazón joven repleto

Ahí estoy yo también, un ave, un día, una niña esperando por usted para adivinar sin hasta

No tarde demasiado maestro, desp

ando, me encontró, ahí, en mitad del
caos de niña y con mi invierno eter-
cuatro palabras me detuvo el tiempo
ardado entre las páginas de Rayuela,
cumplí los diecisiete.

os de mis aciertos utópicos que agr-
ema, el atardecer cayendo sobre los
a niebla de agosto, una nube favorita
ma lluvia que al menos yo necesito
nto

tos ha movido nada más porque un
erriendo escribir.

de las millas que faltan para empezar
e sus cenizas, le suplico, luce, hágale
la, escriba de nuevo maestro de sol,
viva, por Nosotros, por quienes le te-
es no nos hemos soltado de su mano.

uelta al patio escolar, al aula vacía, al
e en el tiempo y busque entre la mul-
ertos quienes hoy volvemos a tener el
o de sus enseñanzas.

nte de león, una canasta de mimbre,
ncabar de escribir la historia, esta vez,
siempre.

pués de todo, ya casi es primavera.





“Una hoja
una historia
(selección)”

7
ria”

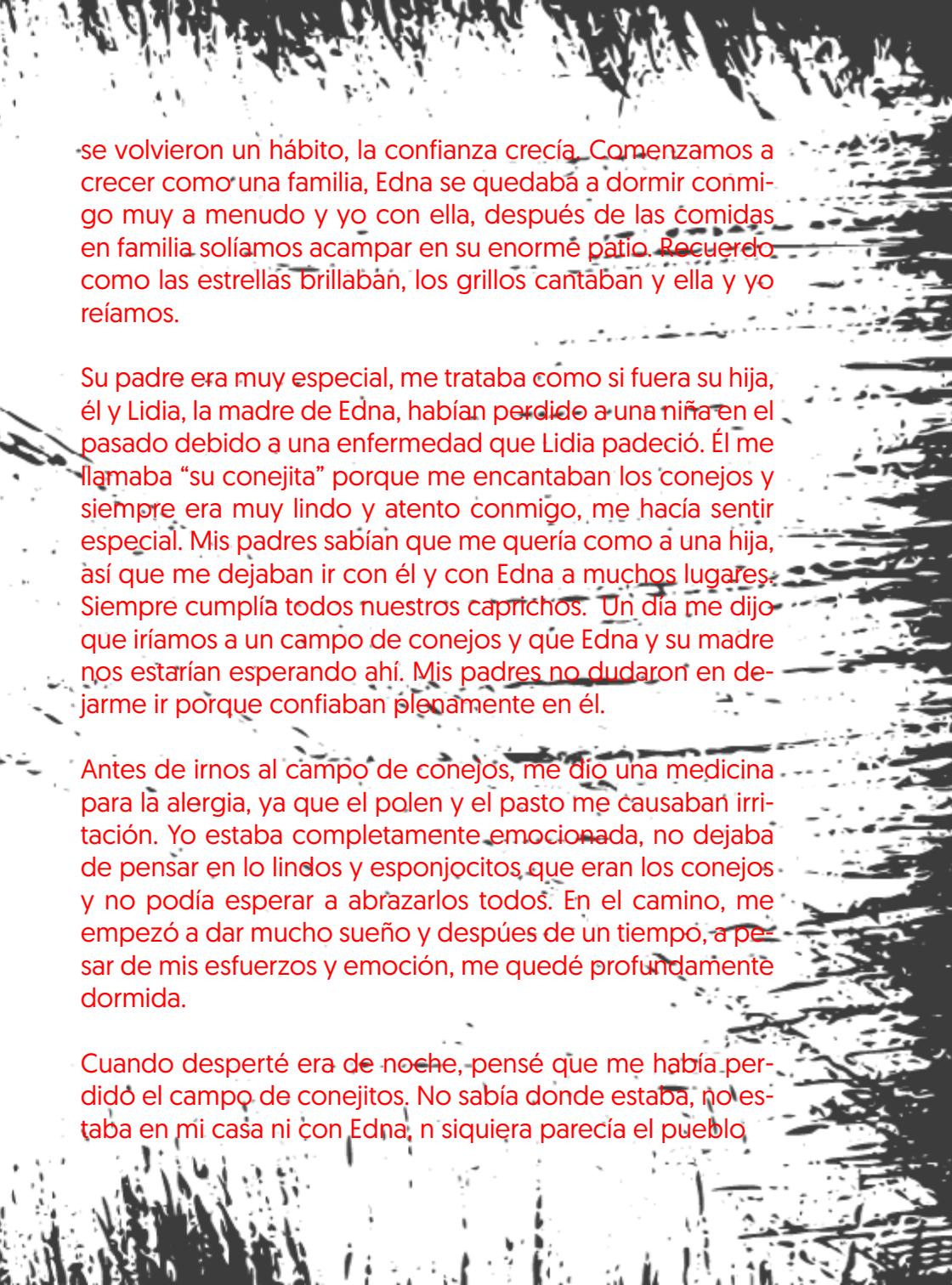
Conejita

Texto: Valeria Santos Pavón

Desde que tengo memoria, mi familia y yo siempre hemos vivido en la misma casa y en el mismo barrio, muy tranquilo y seguro. Tdos nos conocemos desde y nos teníamos mucha confianza. Vivo en un pueblo extremadamente pequeño, nunca hay nada nuevo que hacer. Cada año durante el invierno el pueblo es cubierto casi completamente por una gruesa y alta capa de nieve que imposibilita salir de casa.

Recien comenzaban las nevadas cuando sin avisar llegaron unos nuevos inquilinos a la casa de al lado que, por ceirto, siempre estuvo deshabitada. Mi hermana mi madre y yo tomábamos rumbo a nuestra pequeña escuela, la única del pueblo, cuando los conocimos, eran una pareja, relativamente joven, con una niña y dos niños, todos de diferentes edades. Edna, la nia, tenía mi edad, así que rápidamente nos volvimos amigas muy cercanas. Éramos inseparables, todos los días al termino de la escuela nos acompañábamos a casa aminando, jugábamos a las princesas, y a cuidar a nuestros bebés de juguete, incluso, hacíamos las tareas juntas. Nuestra amistad fue creciendo, nuestros padres se conocieron y también se hicieron amigos, mi hermano y sus hermanos también jugaban jutnos todo el día.

Las visitas comenzaron a ser más frecuentes, las reuniones



se volvieron un hábito, la confianza crecía. Comenzamos a crecer como una familia, Edna se quedaba a dormir conmigo muy a menudo y yo con ella, después de las comidas en familia solíamos acampar en su enorme patio. Recuerdo como las estrellas brillaban, los grillos cantaban y ella y yo reíamos.

Su padre era muy especial, me trataba como si fuera su hija, él y Lidia, la madre de Edna, habían perdido a una niña en el pasado debido a una enfermedad que Lidia padeció. Él me llamaba “su conejita” porque me encantaban los conejos y siempre era muy lindo y atento conmigo, me hacía sentir especial. Mis padres sabían que me quería como a una hija, así que me dejaban ir con él y con Edna a muchos lugares. Siempre cumplía todos nuestros caprichos. Un día me dijo que iríamos a un campo de conejos y que Edna y su madre nos estarían esperando ahí. Mis padres no dudaron en dejarme ir porque confiaban plenamente en él.

Antes de irnos al campo de conejos, me dio una medicina para la alergia, ya que el polen y el pasto me causaban irritación. Yo estaba completamente emocionada, no dejaba de pensar en lo lindos y esponjocitos que eran los conejos y no podía esperar a abrazarlos todos. En el camino, me empezó a dar mucho sueño y después de un tiempo, a pesar de mis esfuerzos y emoción, me quedé profundamente dormida.

Cuando desperté era de noche, pensé que me había perdido el campo de conejitos. No sabía donde estaba, no estaba en mi casa ni con Edna, ni siquiera parecía el pueblo.

Estaba perdida, todo pasaba por mi cabeza, me asusté, ni siquiera el padre de Edna estaba ahí. Estaba completamente sola en la oscuridad, en medio de la nada. Mi ropa había desaparecido, solo tenía puestas unas calcetas y una camiseta de conejo. Tenía frío, tenía miedo, no sabía el teléfono, ni el de mis padres, no había nada a mi alrededor, estaba sola. Comencé a llorar, las lágrimas recorrieron mi rostro como pequeñas cascadas saladas. Cuando de repente, al levantar la mirada me di cuenta que el padre de Edna estaba ahí, él también estaba perdido, solo y sin ropa. Parecía asustado también. Me relató una historia que me llenó de miedo, era el fin del mundo y todos habían desaparecido en la Tierra. Éramos los únicos sobrevivientes.

Mi alma se hizo añicos, No volvería a ver a mi madre, a mi padre, a mi hermano, a Edna. Comencé a llorar, aún más fuerte. Era demasiado joven para morir, tenía mi vida por delante, tenía que pasar a tercero de primaria.

El padre de Edna trató de tranquilizarme, me dijo que mientras estuviéramos juntos, todo estaría bien. Eso fue lo que hice.



Disfrutaba de su compañía, él me pedía que hiciera cosas porque así íbamos a poder salvar al mundo. Y yo le creía.

No recuerdo mucho de lo que ha pasado después, muchas veces estaba dormida, comíamos poco y dormíamos en el carro.

Un día entré en pánico y desesperación, extrañaba mi casa, a mi familia y la vida que tenía, ya no quería estar ahí. Y, mientras él dormía yo traté de huir, corrí lo más rápido y con todas las fuerzas que mi debilitado cuerpo pudo obtener.

Lo último que recuerdo es un intenso dolor que penetró hasta mi alma acompañado de un fuerte sonido explosivo, mi último aliento fue un alivio para todo el sufrimiento en el que se había convertido mi vida.



La maestra del pueblo

Texto: Torami

Corrían los años cuarenta, el año de 1947, para ser precisos. La joven maestra llegó al poblado con todas las ilusiones de iniciar una carrera como maestra, era la primera vez que ella salía de su casa, una señorita de 16 años quien para esos tiempos se consideraba una mujer casadera, alta delgada, cabello rizado y negro, de tez blanca, rasgos fuertes, de carácter y temperamento reacio, fueron los atributos que posiblemente le ayudaron a tomar la decisión de partir tan pronto del hogar sin la obligación de matrimoniarse tan joven.

Las personas del poblado la recibieron con todos los honores, los maestros al igual que el clero, eran sumamente apreciados por tener otro estatus y conocimientos más elevados, se les consideraba de otro rango, al ser mujer los vecinos del lugar la trataron aún mejor, pues la consideraban vulnerable por su condición de fémina. Su llegada causó revuelo en el pequeño poblado donde no era común ver llegar a la gente. Por la lejanía y lo agreste de la zona, se requerían de caballos o mulas para arribar al lugar o un pequeño camión que iba cada quince días para llevar víveres, cartas y mensajes al poblado.



Los integrantes de la familia Rodríguez fueron sus anfitriones, su casa era una de las más alejadas del pequeño pueblecito. El día que llegó era una tarde fría con el cielo azul, sin nubes y el frío vespertino del otoño hacía que el vaho de los animales de carga saliera con más fuerza. En la entrada de la casa, se encontraban dándole la bienvenida la señora Rodríguez, su hija Azucena y un pequeño gatito negro, la profesora agradeció el permitirle vivir en su casa por una temporada y le pareció bastante curioso aquel pequeño gatito que atento, prestaba atención a los movimientos que la maestra hacía.

La señora Rodríguez le enseñó la pequeña choza que constaba de dos piezas, un cuarto donde dormían todos los integrantes de la familia y una sala–cocina–comedor, la señora le dijo a la maestra que instalarían un catre al lado del fogón para que estuviera un poco más cálida y cómoda, pues las noches eran cada vez más frías, dado que el invierno se acercaba. La profesora acomodó sus pertenencias y las colocó debajo de una mesa de madera, en un pequeño baúl de madera con cuero que minutos antes habían bajado de una de las bestias de carga. Acomodó su ropa, papeles y cosas debajo de una mesa de madera, acostumbrada a las comodidades de su casa, sabía que tenía que adecuarse a nuevos hábitos, pues al salir y sobre todo emanciparse de la figura paterna, le restaba puntos para volver a casa, pues sabía que le recibirían con el clásico “te lo dije”, emitido siempre por los padres.

La maestra cavilaba sobre su futuro, se visualizaba con los niños del pueblo y ensimismada en sus pensamientos, no había notado que una pequeña niña de ojos verdes, largas trenzas negras y un vestido de holanes, la miraba desde el quicio de la puerta, tuvo esa sensación de que alguien la veía, lentamente volteó la mirada y se dio cuenta que era la hija mayor de la familia, la niña Flor. La maestra quiso ser amigable y emitió un alegre ¡Hola!, la chica se escondió, la maestra pensó que por tratarse de alguien nuevo era algo difícil de socializar, terminó de acomodar sus maletas y se dispuso a apoyar a la señora Rodríguez en los quehaceres de la casa, se le dio la merienda y toda la familia se dispuso a dormir.

A pesar de su corta edad, la maestra Lupita era una joven decidida y valiente que sabía lo que quería, sus sueños de ser maestra los veía cada vez más cerca y le aterraba el hecho de regresar a su casa sin haber cumplido su sueño.

Por la mañana se presentó con las autoridades del poblado, el alguacil era un señor alto, de bigote negro alargado, de botas y sombrero, la maestra presentó la carta que la avalaba como “la maestra del pueblo” y el alguacil después de leerla le dijo: –Señorita Reyes, es usted muy valiente en haber venido hasta Santa Ana de las Ánimas, esperamos que no se vaya tan pronto como lo han hecho otros profesores que llegan de entrada por salida–. La maestra quedó sin palabras por un momento y la sagacidad de sus pensamientos le hicieron expresar: –No se preocupe señor alguacil, eso no sucederá, quiero comenzar a trabajar desde hoy mismo–. El alguacil comisionó a Don Pancho, quien fungía como uno de los ayudantes del alguacil, le pidió que la condujera al salón que se encontraba a un costado de la iglesia, ese lugar era comúnmente ocupado como bodega del pueblo, por lo que la profesora Lupita tenía mucho trabajo por hacer.

La profesora comenzó a mover tablas, mesas, sillas y unas bancas enormes; mientras el ayudante del alguacil la miraba, se dio cuenta el trabajo para una sola mujer iba a ser muy pesado, por lo que decidió ayudarlo y entre los dos sacudieron el lugar. Polvo por aquí, telarañas por allá, uno que otro ratón corría entre los diferentes bultos de material, y poco a poco el lugar fue tomando forma de un salón.

Mientras barrían y sacudían, el señor Francisco Mier, alias Don Panchito, le platicaba con entusiasmo a la maestra que tenía 2 hijos, los cuales estaban emocionados por aprender a leer y a escribir. En un abrir y cerrar de ojos finalizaron la jornada del día, ya era un poco tarde, el salón estaba limpio, terminado, solo faltaban algunos pupitres para darle el toque escolar, Don Panchito recordó que en la comandancia había varios y pediría al alguacil que le autorizara llevarlos al nuevo salón.

Comenzaba a caer la tarde y la maestra llegó a su nuevo hogar, el frío comenzaba a sentirse nuevamente, le cayó en gracia que el pequeño gatito yacía sentadito en la entrada de la casa, efusivamente lo saludó y le dijo, –¡Hola pequeño, eres un gatito muy educado, siempre me das la bienvenida–, el gatito movía la cabecita al ritmo de las palabras de la maestra y con sus profundos ojos amarillos la miraba como queriéndole decir algo, el gatito corrió y se escabulló entre las ollas de la cocina, saltó y se metió corriendo en el hueco del tapanco que se ubicaba en una esquina de la cocina, la señora Rodríguez que en ese momento cocinaba, agitó las cucharas y dijo: ¡Ay ese gato cocinero, siempre se mete aquí!

El señor Rodríguez llegó unos minutos después, instalaron la mesa y se sentaron a cenar, el padre de familia cuestionaba a la profesora sobre la nueva actividad, era un diálogo que iba y venía como ping pong entre el padre y la señorita Lupita, el resto escuchaban atentamente, la hija mayor llegó al final, comió callada y se retiró sigilosamente, esa acción intrigó a la maestra, quien dudosa de preguntar sobre la actitud de la niña, se animó diciendo: –Flor es muy seria, ¿verdad?–, los padres respondieron: –¡No!, siempre ha sido así, es muy callada, es muy seria, justificaron.

Terminaron la cena, acomodaron los muebles y todo volvió a su lugar, instalaron el catre cerca del fogón y se retiraron a descansar. La maestra se quedó intrigada por la actitud de la niña y pensando en que probablemente se comportaba así por no tenerle todavía la suficiente confianza, se conformó con eso. Bajó la flama del quinqué poco a poco y el cansancio se apoderó de ella, ese día había trabajado bastante, por lo que comenzó a quedarse dormida, de repente en la oscuridad, una pequeña luz de color verde fosforescente comenzó a emanar más o menos a la altura del fogón, abrió los ojos y pensó que estaba soñando, por lo que no hizo caso a la nocturna visión, volvió a dormir. Minutos más tarde un ligero glugluteo que parecían más a unas ligeras risillas y un aleteo que terminó por despertarla, miró por la ventana donde veían las ramas de un árbol seco y con el reflejo de la luna una enorme ave situada en dicho lugar, la maestra buscando la

lógica a la visión, recordó que al lado de la casa había un gallinero y le pareció normal, el enorme guajolote pasó a segundo término y su enorme fatiga la hizo dormir nuevamente.

Al siguiente día, la maestra se dirigió al poblado a culminar el trabajo, se encontró con Don Panchito quien ya le esperaba con 7 mesa bancos en la entrada del salón. –¡Buenos días profesora! ¿Cómo pasó la noche?, ¿todo sin novedad?, la maestra con una sonrisa y con toda la actitud respondió: –¡Buenos días! Todo muy bien, muchas gracias! Continuaron armando el salón y ella con todas las ilusiones de comenzar lo más pronto a dar clases, se esmeraba martillando y colocando letreros en la pared. Pequeñas cabecitas rondaban alrededor del salón y se asomaban inquietas por las ventanas, mirando hacia adentro. Don Pancho le preguntó a la profesora que cómo la trataba la familia, ella le respondió que muy bien, que eran muy amables y que la señora cocinaba delicioso, que el espacio no era muy grande, pero que agradecía la estancia y la comodidad del lugar que le habían designado.

La maestra no comprendía la insistencia del señor, no sabía a dónde quería llegar, hasta que el ayudante del alguacil no resistió más y le lanzó directamente la pregunta: –Maestra, ¿no ha visto nada raro en esa familia? Ella muy segura de sí misma le respondió que no.

El día transcurrió, por fin habían concluido la instalación del salón, solo faltaba una buena pintada a toda la fachada del salón y a los guardapolvos, que buena falta le hacía. Por suerte, el camioncito de cada quince días llegaba mañana y traía muchas cosas para el poblado, entre eso la pintura de la pequeña escuela. La profesora y Don Panchito ya se retiraban y el señor sacó de su morral una bolsa de papel llena de galletitas de nata que había elaborado su esposa con mucho cariño, pues sabía que en unos días más ella se convertiría en la educadora de sus pequeños niños y en un gesto de agradecerle, le envió el presente. La maestra las recibió gustosa y agradeció.

Tomó el sendero que dirige a la casa de la familia Rodríguez, se mira a lo lejos del poblado, son aproximadamente 15 minutos a pie del cen-

tro de la pequeña comunidad. La maestra inicia el recorrido y se perca-
ta que un perrito regordete de patas flacas y orejas cómicas la empieza
a seguir en su camino, le hizo gracia y se sonrió. – ¿Me vas a acompañar
a mi casa perrito? El perro movió la cola y parecía que sonreía, sacaba
la lengua y jadeaba, ambos comenzaron a caminar cuesta arriba y el
perro con la punta de la nariz le pegaba delicadamente a la bolsa de
las galletas, la maestra cambió de mano el paquete y el perro hizo lo
mismo, volvió a repetir la operación de pegarle suavemente a la bolsa,
la maestra con tono suave dijo: –¡No!, son para la cena. Siguieron el
trayecto, más adelante había una enorme roca y el cansancio hizo a
la maestra detenerse, pues la cuesta hacia arriba era bastante prolon-
gada, hizo una parada, se sentó en la piedra y abrió la bolsa y decidió
compartir unas cuantas galletitas con el can que movía la cola con sin-
gular alegría. –Ya con esas son suficientes, tengo que llegar! Continua-
ron el paso y la maestra mucho pensó que el perro iba a desaparecer,
pero cuál fue su sorpresa que la siguió hasta su la puerta de su casa, de
repente volteó y el perro ya no estaba, creyó que por haberle aliment-
ado el can se había retirado, no le tomó importancia.

–¡Buenas tardes! Con su permiso, dijo la maestra

–Siéntese profesora, llegó en un buen momento, ya mero cenamos
nada más que llegue mi señor, no tarda en llegar.

La profesora ofreció a preparar la mesa junto con la pequeña Azucena,
cuando todo estaba listo, la maestra salió a la puerta solo para tomar
aire, el padre de la casa llegó casi de manera inmediata, saludó a todos
muy sonriente y se sentó, invitó a la maestra a que tomara asiento y le
platicara cómo le había ido durante el día. La hija menor se sentó en
el lugar de costumbre a un lado de su mamá, tímida y callada solo se
remitía a escuchar, de repente sonreía a la maestra, pero no le expre-
saba ninguna palabra. La hija mayor estaba ausente, pero en su lugar
el pequeño gatito negro echado en la silla, la señora Rodríguez tomó
la escoba y le asestó un duro golpe en el lomo, –¡Sáquese gato!– dijo,
el felino pegó un enorme brinco y salió despavorido y adolorido. La
maestra abrió los ojos como un plato, no dijo ni una

palabra y continuó cenando, después del momento incomodo terminaron la comida, se recogieron los platos y continuó el café. Para romper el silencio incomodo recordó la bolsa de galletitas que le había regalado la esposa de Don Panchito, la pequeña Azucena buscó la aprobación de los padres con la mirada y el señor Rodríguez le dijo: –¡Adelante hija, pruébalas!, esas galletitas de nata están muy buenas, la maestra extrañada le dijo: –¡Ah! ¿Ya las ha probado antes señor? Y el señor le respondió muy certero: –¡Claro! ¡Hace un rato me comí unas con usted! La maestra completamente asustada y fuera de sí, no daba crédito de lo que el señor hablaba y entre más lo miraba, se percataba de esa cara regordeta, esos ojos y la sonrisa tan familiar, que se quedó sin habla. ¿Sería tanta coincidencia que el Señor Rodríguez fuera el perro que se había encontrado en el camino?

La maestra no comprendía que pasaba, se disculpó y se salió al corredor de la entrada de la casa, donde se encontraba Flor, la hija mayor de la familia llorando desconsolada y cubriéndose el rostro con ambas manos, la maestra al verla, se acercó, se sentó a su lado, le echó un brazo encima: –¿Qué te sucede, estas bien? No te vi en la cena. Entonces Flor volteó con los ojos llorosos y le dijo, –¿No se dio cuenta del escobazo que me propinó mi mamá? La maestra le responde que no y la chica bajándose la manga del vestido le muestra los golpes que tiene en la espalda, le dice: –¡Mire! Ella siempre me pega en el mismo lugar. Se soba la espalda y el brazo. ¡La maestra no puede dar crédito a lo que está viendo y escuchando! Impresionada por lo que sus ojos ven, comprendía poco a poco que estaba ocurriendo a su alrededor, la insistencia de las preguntas del ayudante del alguacil, comprendió por qué la familia vivía tan lejos y ese perro que siempre la acompañaba, sobre todo por qué las niñas eran tan retraídas y calladas.

Fue la noche más pesada de toda su vida, nunca había tenido un sentimiento tal, intentó dormir, pero el ruido más mínimo le hacían estar alerta, cerró los ojos y el fogón nuevamente empezó a encenderse con el verde de la noche anterior, ahora con más fuerza, sus ojos no lo creían, no era un fogón, había un gran caldero que burbujeaba, el gordo guajolote y el gato en realidad eran la madre de la familia Ro-

driguez y la hija mayor, Flor, el perro era el padre de familia y la pequeña al parecer aun no había desarrollado ninguna facultad de sufrir alguna metamorfosis.

La profesora se durmió con la ropa del día siguiente, con una idea fija en la mente y sin mencionar nada, el día inició con la misma rutina, temerosa de la familia se dieran cuenta de su plan, se dirigió al pueblo para acudir a la pequeña escuela, no sin antes pasar por el ayudante del alguacil, Don Panchito ya esperaba al camión que pronto llegaría con los víveres del poblado y con la pintura que habían encargado para la escuela, a lo lejos se escuchó el motor, la maestra sintió alivio en su corazón y dizque interesada en el material que llegaba, le dijo a Don Panchito que se adelantara con los botes que ella lo alcanzaba mas tarde, el señor confiado se fue con rumbo a la pequeña escuela, mientras tanto el camión encendía nuevamente sus motores para partir de vuelta, la maestra, aprovechó la oportunidad y huyó del lugar, se subió al camión y partió lejos de ahí, lejos de los enigmas, de los secretos y de las incógnitas que nunca quiso preguntar.

El pueblo nunca supo que pasó con la Profesora Reyes... Tampoco su familia.



Noche oscura

Texto: José Braulio Venzor Espinosa

Una repentina oscuridad me sofocó, no podía ver nada, parecía como si estuviera en un vacío completo, poco a poco mis pupilas fueron adaptándose a la abrumadora oscuridad y pude divisar algunas formas, aun con el tiempo que había pasado era difícil apreciar las cosas, era como una noche sin la más mínima luz.

Después, de lo que me parecieron unos minutos, divisé unos cuantos muebles, una ventana y algo que parecía ser un televisor, me di cuenta de que estaba en la sala de mi propia casa, era tan raro verla sin un solo destello de luz que me hizo dudar. De pronto, así como la negra noche había penetrado en mis ojos lo hizo una luz tan fuerte que dañaba la vista, mis ojos quedaron aturdidos, por fin pude concentrar la vista y no había nada fuera de lo común, estaba un programa sobre utensilios de cocina que le encantaba a mi mamá, pero de pronto el canal se cambió una y otra vez, deteniéndose cada vez menos en cada canal hasta que fue casi imposible entender lo que ocurría, solo aprecié unos ojos amarillos inyectados de sangre que aprecian cuando el conteo de los canales se reiniciaba.

Súbitamente la televisión se detuvo pero no se parecía a ningún programa que hubiera visto, era más bien un video casero de mala calidad, la habitación tenía paredes que alguna vez habían sido verdes, llenas de suciedad y la iluminaba un tenue foco que hacía apenas posible apreciar a un sujeto que se encontraba en el centro, era muy alto y de extremidades delgadas pero con un torso desproporcionadamente gordo, vestía con un suéter a cuadros y pantalones viejos muy sucios pero lo que más resaltaba era su rostro, tenía unos ojos caídos y amarillentos de los cuales colgaban

dos bolsas moradas, sus arrugas delataban unos 50 o 60 años, tenía la barba crecida, aunque no lo suficiente para ocultar las cicatrices que casi deforman su cara.

El hombre deslumbró una perversa sonrisa y dejó ver sus enormes y manchados dientes, lentamente subía la cara hasta que sus téticos ojos se encontraron con los míos, parecía que se hubiera percatado de mi presencia porque empezó a avanzar hacia la cámara arrastrando los pies, estaba en pánico, quería huir pero no podía mover ni un músculo, ni si quiera podía mirar hacia otro lado, él se seguía acercando cada vez más rápido hasta que se abalanzó al televisor que se movió como si algo quisiera salir de ahí. Tenía tanto miedo que lo único que hice al sentir como ese repugnante hombre quería atacarme fue cerrar los ojos, los mantuve cerrados por unos momentos esperando a que mi vida terminara pero no paso nada, los abrí lentamente y una vez mas la oscuridad se apodero de mis ojos, lo único que podía ver con claridad era la mara de luz que quedó impresa en mis ojos.

Por fin me pude mover, giré mi cabeza y mi cuerpo hacia la puerta, estaba a unos pasos de entrar y la puerta se azotó, el espantoso hombre me vió directo a los ojos y se abalanzó sobre mí. Desperté de golpe, empapado de sudor y con la respiración muy agitada, me sentí tan aliviado de saber que solo había sido un sueño, pero cuando empecé a asimilar lo que había sucedido el alivio se convirtió una vez más en miedo, nunca había tenido un sueño tan real y horripilante como este. ¿Y sí no era un sueño? ¿Y sí aquel hombre existía? Después de la conmoción regresé a la realidad, era imposible que algo así pasara, solo había sido un sueño.

—¿Por qué mamá?, ¿Por qué hoy?, ¿En verdad es tan urgente?—. Por la mañana, cuando fui a contarle mi espeluznante sueño a mi mamá, ella me interrumpió para avisarme que se quedaría hasta tarde en la oficina y que muy probablemente no regresaría hasta el día siguiente. —No te preocupes, dejaré aquí el carro, nadie sabrá que me he ido. Además, ya estas grandecito como para que le tengas miedo a estar solo—, ella tenía razón, muchas veces antes me había quedado solo y nunca había tenido ningún problema, pero no todos los días tienes





sueños como el de anoche. –Está bien, sí tanto insistes en no quedarte solo le diré a los vecinos que se den una o dos vueltas para revisar que estés bien, pero Alex, ya estás muy grande.

Cuando lo dijo me sentí muy aliviado, los vecinos de enfrente eran muy amistosos, era una pareja joven y muy risueña, siempre que nos veían a mi mamá y a mí nos sonreían, las veces que había entrado a su casa siempre tenía un olor muy agradable, como a pan recién hecho. El día transcurrió como siempre, mi mamá se había ido e incluso, por algún momento había olvidado la noche anterior, fue hasta que empezó a anochecer que el recuerdo de los ojos amarillos regresó a mi mente y con él, el irracional miedo a que esa tétrica figura existiera o aún peor que fuera por mí, específicamente es noche que estaba solo. Para ahogar ese sentimiento me puse a jugar videojuegos, era tanta la intensidad de la luz de la pantalla que parecía que la luz de abajo estaba prendida. Eran como las 9:00 cuando la vecina tocó, me llevó un plato de la cena que habían cocinado ella y su esposo, me preguntó si todo estaba bien y si necesitaba compañía, cuando lo preguntó me sentí un poco avergonzado pues de seguro mi mamá les dijo que me daba miedo quedarme solo. Apenas cerré la puerta me comí casi todo el plato, la verdad era que esperaba más de él sazón de los vecinos, no sabía mal pero en cada cucharada estaba presente un amargo saborcito, regresé al sillón y cada gota de luz en la casa se apagó, como si hubieran cortado la luz, me sentí muy mareado.

Unas manos se extendieron desde la oscuridad y me taparon la boca, no entendía nada, estaba muy confundido y mareado, solo logre percibir un inconfundible y alegre olor a pan recién hecho que no encajaba en la tétrica y oscura habitación.

